

Diario de Monterrey

Juan Pablo Roa

I

Salgo al aire blanco de Monterrey a buscar la luz que de tanto sol es dolor y contento al abrir los ojos. Una especie de abandono que llena mi vacío tras cruzar los aires del Golfo mexicano. También las estrellas mueren, es verdad, pero la expresión de terror instalada anoche en el rostro de las azafatas, me llevó a pensar en que la conciencia de la muerte del mamífero supera con creces la idea monumental de la permanencia aparente de las estrellas, planetas y constelaciones. ¡Es tan repentino el llamado de la muerte! Pienso en Jorge Gaitán Durán, en su muerte tropical precipitada sobre Point-a-Pitre y en su obsesión premonitoria de la muerte:

[...]

Vas a morir, me dicen. Tu enfermedad

Es incurable. Sólo puede salvarte

El milagro que niegas.

Mas quiero apenas

Arder como un sol rojo en tu cuerpo blanco.

He sabido decir tan poco acerca de su muerte, que me pregunto con bochorno: «¿Es en el fondo tan grande mi confianza en la muerte que no la quiero aceptar?, ¿o acaso es la fuerza de su leit motiv de la muerte prematura lo que me intimida?». No lo sé tampoco, aunque me importa menos mi muerte, desde el punto de vista de la reflexión y del sentimiento, que la de mis seres queridos. En poesía, o mejor, en mi poesía, la muerte es el presente continuo de las pérdidas que en el poema mismo no son pérdida sino memoria. Crece la memoria, y la vida –también la escritura– es el resultado de la combinatoria de esa furiosa presencia, su exasperación.

II

Ayer iba a morir y mi gemido de toro antes del clavo último en la nuca, me hizo suspirar: «¡todavía no, aún no que es muy temprano!». Pero la vida siempre triunfa gracias a pequeños placeres, inmediatos; hoy el suspiro del ahorcado fue en mí suplantado por unos deliciosos Tacos Cazuela y un Tamal Norteño. ¿Frivolidad? ¿Escatología del cuerpo que suplanta a la escatología del sentimiento y la meditación? No lo sé y sospecho que no me interesa, a pesar de que anoche, después de mil promesas, el sueño me venció y no haya podido escribir: «Hoy el terror al vacío, en el avión sobre las aguas del Golfo mexicano, me hizo exclamar, "no, hoy no, todavía es prematuro"». Ignoro qué pensaría un familiar cercano a mi sangre, por ejemplo mi hermana o mi madre, al saber que, después del gemido de mamífero sentenciado, mi primer deseo, la primera pasión reclamada, fue mi mujer. ¿Dónde estás mujer, qué haces lejos de aquí? La muerte es siempre una sorpresa.

III

El sol es cuchillo en Monterrey y en sus mujeres se escucha la pronunciación clara y deletreada que suena en boca de las colombianas del interior. El sol es cuchillo en Monterrey, y hoy, como la rebanada de un cuchillo hábil, una tajada de escritores locales se desprendió de un sólo golpe como desaire al discurso de la autoridad burocrática del lugar. Luego, tras los actos protocolarios, aunque distinguidos, leí el panfleto. Decía mi abuela: «la ropa sucia se lava en casa». A pesar de que los escritores en protesta reclaman mi solidaridad, el texto resulta tan mal escrito que uno piensa: «la mejor protesta de un escritor debería ser escribir bien, aunque lo haga contra la gramática».

IV

Todo lo sabe el agua.

V

Ayer anoté en mi cuaderno una denominación profesional que me sorprendió. Una sesuda conferencista, en su nota biográfica, decía dedicarse a los «fenómenos culturales». Curiosa denominación, aunque más sorprendente el nombre de una revista mencionado: Mileno Semanal.

VI

El personaje, hoy, un verso: «a veces la muerte se equivoca»

VII

Ayer descubrí un idioma. No sé repetir su música de pieles bilingües y morenas, pero en su traducción, Natalia Toledo recitaba «todas las flores que he visto en mayo». México es enorme en sus idiomas, una geografía que no lucha contra las fotos, y espero que tampoco con las últimas estrellas zapotecas. Mi flor era «la superficie del agua».

VIII

«Una ciudad poblada de animales eléctricos a la intemperie».

IX

Los mamíferos carnívoros, como el hombre, son tristes por naturaleza.

X

Es difícil no hablar con los muertos.

XI

La noche, las formas de la sombra.

XII

Jamás reconocimos que «son barcos en tierra los zapatos». Carmen Alardín sí.

XIII

Inmigrante niño de las formas.

XIV

A los que cantan sin palabras,
A los que lloran ya sin lágrimas,
A los que en alta mar navegan sin barco y sin escamas,
A los que nunca han visto un ángel y han sentido sobre la espalda el dolor de las alas,
A los que esperan sentados en la piedra a que se abra una puerta inexistente,
A todos, aunque digan lo contrario,
Todos llevamos en la entraña a este mago encubierto.
Carmen Alardín Martí

XV

Los árboles, la nieve.

XVI

Porque puedes decir tu dolor sin el dolor necesario, y puedes hablar con los muertos.

XVII

Creo que en México la historia ha continuado con el mito, ha servido como segunda fundación. Continúa su labor.

XVIII

La poesía es verte en tu dolor, en encontrar allí el motivo de emoción y desdoblamiento. Enajenación. Por eso el poeta no debería tener biografía por escrito, y, menos aún, currículum vitae (y mucho menos fichas bibliográficas tan apretujadas).

XIX

Tu padre te llama cuando no lo esperas. Hoy, el padre de una amiga, vestida de negro, al igual que el día de su llegada de Ciudad de México, viajó repentinamente al funeral de su padre.

XX

Todos los libros cambian la vida, pero ninguno la cambia del todo.

XXI

«Rozarás la transparencia y no tendrás miedo de caer», citó hoy Jeannette Clariond del *Popol Vuh*. Es cierto lo que algunos dicen: «la poesía habla en todas partes, en particular, donde ella misma quiere».

XXII

El encuentro no ha sido ni aquí ni ahora, porque los visitantes nos llevamos muchas ideas y preguntas. Algo que no sucede en el espacio, sino en el tiempo.

XXIII

Dices que el dolor calla en el poema,
porque es dulce hablar con las sombras.
Es un agua que corre y canta tenue el pájaro,
vuela agitando apenas el plumaje,
vuela sin alas pero el viento.

Las sombras, la familia,
tenue el pájaro adelanta su canción
sus acordes son de viento.

Madre, estás aquí y lejos porque hablas aún desde la luz,
pero las sombras, pero la casa es apenas lote baldío,

eco fértil para edificar de nuevo sobre voces.

Padre, hermano, mis charros mexicanos de un dos de noviembre imaginario.

El dolor calla en el poema para que hables con tus sombras,

vuela sin alas pero el viento,

vuela sin agitar casi el aliento.

Tenue el pájaro, tenues las voces.

Allí los espero sin prisa porque aún hablo desde la luz.

Canción.

Canción, dame luz en el aliento para las sombras,

canción, apártame el ardor, la música sin aire.

Vuela el aliento en su luz, desnuda familia en la penumbra.

Aún esperan a que diga la madre que aún es parte de la luz.

Vuela sin plumas pero el viento,

vuela sin agitar las alas pero la sombra.

XXIV

Ave o cántaro, la voz cuando es tu silencio el que canta.

No hay caída sino precipicio de luz:

es la madre quien se dice en las palabras, si tu cántaro es ave del silencio,

si tus sombras, si noviembre apenas iniciado viene de la cuenca de tu aliento.

XXV

Final de rancheras, repertorio versátil para los cristales de Gloria Trevi (homónimo de la voz pop de turno) y el salto de ala en la voz de Margarito Cuéllar. Uno a uno se fueron levantando los comensales a matar la noche. Otros se fueron directo a saludar al sol de Monterrey. Final regiomontano con Don Julio y Carta Blanca para el maestro Eugenio Montejo y las cuatro laringes de Armindo Trevisán. Un aplauso para la paciencia de estatua de sal de Katya Libertad, Rosi y las demás aprendices de domesticador de fieras indisciplinadas, escritores acalorados y en recreo.